

comandante, y en combinacion con las fuerzas del comandante general de Lérida, prestó señaladísimos servicios á la causa de la libertad, contribuyendo á la total destruccion de las partidas carlistas que se habian levantado á las órdenes de Borges y otros conocidos cabecillas.

Los sucesos de Julio de 1856, léjos de amortiguar el entusiasmo de Moncasi y sus esfuerzos en favor de las ideas liberales, dió á conocer cuán arraigadas estaban en él las doctrinas del progreso. Permaneció constantemente en el Congreso dia y noche al lado de sus compañeros mientras la lucha duró, y no abandonó aquel augusto recinto hasta tanto que ya todos le habian abandonado. Los batallones de Milicia nacional que hasta momentos antes se habian defendido protegiendo á las Córtes desde las casas de Santa Catalina y las de los duques de Villahermosa y Medinaceli, se habian retirado tambien. La Carrera de San Gerónimo, de ordinario tan animada, presentaba un aspecto tristísimo. Huellas por todas partes del horrible fuego de artillería que acababa de cesar, y completamente solitaria, á pesar de ser las cinco de la tarde; no se veian en toda ella más que tres personas: los tres diputados que, habiendo sido los últimos en abandonar el palacio de la Representacion nacional, se dirigian cabizbajos por la Puerta del Sol hácia el interior de Madrid. Estos eran D. Antonio Larrua, Pasaeron y Lastra, y D. Manuel Leon Moncasi.

En su deseo de continuar oponiéndose por todos los medios al golpe de Estado del general O'Donnell, marcharon todos tres á la Plaza Mayor, y desde allí á la barricada de la calle de Platerías, en la cual permanecieron hasta que ya fué imposible toda resistencia. Aquella misma noche á las doce se celebró una reunion de diputados en casa de D. Antonio Larrua, á la cual concurrieron de quince á veinte. Se acordó marchar todos inmediatamente á provincias para organizar la resistencia al orden de cosas que iba á hacerse, y Moncasi salió inmediatamente para el Alto Aragon.

Al poco tiempo de llegar á Huesca, constituyó una Junta provincial de salvacion pública, formó un batallon de voluntarios, y tomó otras varias disposiciones encaminadas á resistir hasta el último trance aquella política reaccionaria.

La Junta de la siempre inmortal Zaragoza, viendo casi completamente perdida la causa que con el heroismo de siempre defendia, llamó á Moncasi para que en representacion de la provincia de Huesca se sometiera á la capitulacion que habian concertado

con el ejército sitiador que mandaba el general Dulce, pensamiento que combatió con todas sus fuerzas, y no pudiendo prevalecer su opinion, no quiso someterse á los que la combatieron, teniendo en consecuencia de su negativa que emigrar á Francia con las autoridades superiores de la capital de Aragon, y los diputados D. Práxedes Mateo Sagasta, D. Patricio de la Escosura, Calvo Asensio y otros consecuentes y dignos liberales, que permanecieron en el vecino imperio, en la tierra hospitalaria de la Francia, hasta que se dió el decreto de amnistía en Octubre del mismo año.

Los sucesos políticos que habian producido la caída del gobierno del duque de la Victoria, abrieron nuevamente las puertas á esa inmensa série de abusos y atropellos que llevan siempre tras sí las reacciones; pero como ha dicho un ilustre escritor «*Las violencias que pueden producir la muerte del hombre, no podrán matar jamás la idea que vive, se difunde y propaga, hasta que al fin triunfa y se consolida.*» Y ved ahí como se esplica que despues de aquellos sucesos que pesaban como una losa sobre el partido liberal, haya vuelto este, despues de grandes esfuerzos é infortunios, á levantar la bandera que hicieran girones manos alevés y destructoras.

Convocados los comicios electorales en el año de 1858, el partido progresista de Benavarre insistió nuevamente en dar á Moncasi su representacion en las Córtes, y lo hubiera conseguido á no haberse empleado de nuevo contra él los medios á que han apelado siempre los gobiernos doctrinarios para dar el triunfo á sus candidatos.

Durante el largo interregno que medió desde este año hasta que el partido progresista, retirándose de las Córtes, tomó en el terreno de los hechos una actitud agresiva, se dedicó Moncasi á ejercer la abogacia en Zaragoza, donde obtuvo una numerosa clientela y conquistó una envidiable reputacion que le colocaba entre los primeros jurisconsultos aragoneses, especialmente entre los criminalistas más afamados.

Con ese entusiasmo que tiene por los principios que sustenta y que jamás ha decaído, organizó en Aragon los comités del partido progresista, siendo nombrado presidente del de Zaragoza, y más tarde individuo del comité central que adoptó el retraimiento.

Al iniciarse por el valiente conde de Reus el movimiento de Enero de 1866, el general D. Juan Zapatero, que se hallaba al frente del distrito militar de Aragon, mandó prender á Moncasi, como otro de los

comprometidos en aquellos sucesos, y si bien pudo escaparse, gracias al cariño que le han profesado siempre los aragoneses, el consejo de guerra que se formó al efecto le condenó á presidio como si hubiera cometido un crimen, por trabajar con entusiasmo indecible en pro de la libertad y de los eternos principios de justicia.

Corriendo los mayores riesgos de caer en poder de las autoridades, permaneció oculto en Zaragoza hasta el día del movimiento que debía secundar al que tuvo lugar en Madrid el 22 de Junio de 1866, día de tristes recuerdos por la sangre derramada por las víctimas que debía causar este malogrado alzamiento. Entonces emigró á la vez que Sagasta, Martos, Castellar, etc.

En el siguiente año, al ocurrir la insurreccion de Agosto, hallábase Moncasi expatriado, y estando organizando en Bagneres de Luchon una columnita de emigrados que debía penetrar en España, fué arrestado por la policía francesa, cuya vigilancia pudo al fin burlar, penetrando en nuestra patria sin más compañeros que D. Pascual Arin, hoy teniente coronel de artillería de guarnicion en esta córte, y D. José Ezquerro, actual auditor de guerra de la capitania general de Aragon. En el primer pueblo español esperaron á las fuerzas de emigrados que desde Francia debían reunirseles. Estas llegaron, y con un total de setenta hombres se dirigieron hácia el interior. Mandaba aquella columnita el coronel D. Francisco Jasot, hoy comandante general de la provincia de Huesca.

Habiéndose malogrado este movimiento, volvió á pasar la frontera con algunos de sus amigos, siendo entonces arrestados por la policía francesa y encerrados en un hediondo calabozo, en el cual estuvieron por espacio de veinticuatro horas sin comer y sin más lecho que un monton de paja húmeda. Tampoco en esta ocasion se desmintió la entereza de carácter de Moncasi, acostumbrado ya á luchar, y con el vehemente deseo de sacrificar hasta su vida para el triunfo de la noble causa que defendia siempre con más empeño y decidida abnegacion. Trasladado con sus amigos con todas las precauciones que se usan para todo género de criminales, al depósito de Bourges, abrazó á su llegada con lágrimas en los ojos y con ese pesar que siente el que se ve alejado de la patria, á los generales Contreras y Pierrad, otros de sus compañeros de infortunio.

Fueron tantas y tan crueles las penalidades que sufrieron Moncasi y sus compañeros para llevar á cabo esas sublevaciones que fracasaban y que renacian

despues con mayor vehemencia; las miserias y penas de la emigracion que podrian darnos lugar para escribir largas é interesantes narraciones, episodios que demostrarian la grandeza de alma de Moncasi, sus nobles sentimientos, su vehemente amor hácia la patria que le vió nacer, hácia esa tierra para él tan querida, hácia ese país donde al fin ha visto brillar la aurora de la libertad, plantear las teorías que desde sus primeros años proclama.

Los emigrados pobres que habia en aquel depósito podrian informar de cómo Moncasi los auxiliaba. Su bolsillo estuvo siempre abierto para los necesitados, y era público que á cuatro, los más infelices, aunque módica, les pasaba una pension mensual.

Desde Bourges continuó Moncasi trabajando para el triunfo de la revolucion, y apenas llegó á su noticia que en la bahía de Cádiz habia dado la marina el grito de ¡viva España con honra! y se habia levantado la bandera liberal, fugóse con grave riesgo de aquel depósito, llevando en su compañía al intrépido Royo, D. Vicente, y al no ménos bravo Maled, D. Sebastian, guerrilleros aragoneses y ambos inspectores hoy de seguridad pública en Barcelona, siendo nuevamente detenidos al llegar á Montrejean para ser conducidos á su primitiva cárcel, cuando ya se hallaban á la vista de las montañas españolas. Afanoso Moncasi de correr á la lucha, de ayudar á sus hermanos, aguza de nuevo su ingenio y encuentra medio de fugarse otra vez en la estacion del ferro-carril de Tolosa, salvando sin demora la corta distancia que le separaba de España, en donde penetró por los puertos de Benasqué. No fueron tan afortunados Royo y Maled, que fueron reconducidos al depósito de Bourges.

Triunfante por fin la causa de la revolucion, á la que tan desinteresadamente ha prestado servicios inmensos, el Gobierno provisional nombró á Moncasi gobernador civil de Barcelona, en cuyo cargo ha dado á conocer de una manera brillante las relevantes prendas que le caracterizan.

La agitacion de las pasiones políticas que en la ciudad condal se han dejado sentir de una manera extremada durante el período de su mando, han dado á conocer su talento y tacto especial, al propio tiempo que su grande energía y valor cívico que en Moncasi han debido conocer sus amigos y enemigos.

Estas dotes de mando, unidas á su carácter franco y leal, le captaron las unánimes simpatías de los catalanes, cuyo gobierno dejó con sentimiento de toda la provincia, para venir á tomar asiento en las Córtes Constituyentes, por haber sido elegido diputado por la

provincia de Huesca, único representante monárquico que ha enviado á las Córtes la misma provincia, para demostrar su gratitud y cariño á quien siempre se ha sacrificado para su país y tanto ha velado por los intereses morales y materiales del pueblo.

El *Círculo barcelonés* ha nombrado vicepresidente honorario á este diputado, para darle una débil muestra del cariño y gratitud con que le distinguen los liberales de Barcelona. Presidente honorario de aquel Círculo lo es el ilustre duque de la Victoria.

La mayoría de la Cámara le ha elegido individuo de su Junta directiva y luego le ha designado para ocupar la vacante de vicepresidente de la misma, por fallecimiento del consecuente é ilustre progresista don Cristobal Valera.

Ha tomado parte en varias discusiones y sus discursos enérgicos y varoniles nos han recordado sus buenas dotes oratorias, con las cuales consiguió en

otra época envidiables triunfos, haciéndonos concebir la esperanza de que su talento y estudios contribuirán á ilustrar las grandes cuestiones que deben promoverse para consolidar las conquistas de la revolución, que ha de hacer imperecedera la gloria de nuestra patria, abriéndose las fuentes de su regeneracion y bienestar público.

Terminaremos este boceto biográfico de Moncasi, que la índole de la presente obra no nos permite extender, diciendo del mismo que es uno de los ciudadanos más ilustres al cual debe gratitud y cariño nuestra patria, y del que espera todavía tan relevantes servicios como los que le ha prestado constantemente, para gloria del país que le vió nacer, que puede mostrar á uno de sus nobles hijos á las generaciones venideras, para que aprendan con semejante modelo á servir dignamente á la patria, á caminar siempre por la senda del deber y del progreso verdadero.

D. FEDERICO MACÍAS Y ACOSTA.

D. Federico Macías y Acosta nació el 28 de Junio de 1829 en la ciudad de Velez-Málaga.

Fué su padre D. Pedro Antonio Macías, célebre abogado de la provincia de Málaga, y de los que en su juventud interrumpieron el curso de su carrera literaria para combatir á principios del siglo contra las huestes de Napoleon, ascendiendo de cadete á teniente de zapadores-minadores despues de varias acciones de guerra, en una de las cuales fué herido, hecho prisionero y conducido á Francia. Vuelto á España cuando terminó la guerra, no tardó mucho tiempo en verse despojado de su empleo militar por sus opiniones liberales, lo que le obligó á proseguir la carrera de abogado, no queriendo ingresar de nuevo en el ejército y pidiendo su retiro, cuando con el triunfo del régimen constitucional en 1820 fué repuesto de nuevo en su empleo militar y llamado á las filas.

Casado en cuanto se recibió de abogado en Granada, con doña Rosa Acosta, jóven de una familia noble y distinguida, el padre de la cual era jefe del partido carlista en Velez-Málaga, aun estaba en la cuna el diputado cuya vida apuntamos, primer hijo de su union, cuando el feroz general Moreno envolvió á su padre en una causa por conspirador, prendiéndole, y sin embargo de las influencias de su suegro, aunque no pudo probarsele lo que se le imputaba, le desterró á la Mancha.

Así el diputado Macías puede decirse que empezó á vivir con motivos suficientes para odiar el despotismo y á los enemigos de la libertad.

Dedicado por sus padres á la carrera de la jurisprudencia, estaba para concluir la latinidad, cuando la parca le arrebató al autor de sus dias, que murió de repente, dejándole huérfano y pobre, tan pobre, que su madre y siete hermanas se encontraron como él sin ningunos recursos para subsistir. Afortunadamente su abuelo materno, que aun vive, contando cerca de un siglo é invariable en sus ideas carlistas, acaudalado mayorazgo, señaló una pension modesta á su madre, y á sus ruegos puso al huérfano en el Colegio general militar, que existia á la sazón en Madrid.

Despues de ganar cada seis meses el curso correspondiente, y prévio un exámen general de todos ellos, en que demostró su suficiencia, en Junio de 1849 fué nombrado alférez el cadete Macías, con arreglo al reglamento del Colegio.

El plan general de estudios que se cursaba en aquel establecimiento, y del que se examinó, adquiriendo las notas de muy bueno, abrazaba la aritmética, el álgebra con la teoría general de ecuaciones, la geometría elemental, práctica y descriptiva, la trigonometría, la fortificacion, la táctica de todas las armas, las ordenanzas del ejército, la contabilidad y juzgados militares, el idioma francés, la geografía universal, la Historia de España y Sagrada; y como de adorno, la gimnasia, la esgrima, la equitacion y el baile.

Con esta suma de conocimientos pasó el alférez Macías á la Escuela de caballería de Alcalá de Henares, y despues de seis meses en que perfeccionó su instruccion adquiriendo algunos conocimientos de veterina-

ria, sirvió en los regimientos de lanceros de Numancia y Almansa.

Cuando en Agosto de 1850 se dispuso pasara á Cuba una expedicion con el general D. José de la Concha, se presentó á este solicitando ir en ella, y en efecto lo logró como teniente del escuadron de lanceros de Leon. Apenas llegado á la isla, fué destinado de comandante de armas de Sabanillas del Comendador, pueblo de la jurisdiccion de Matanzas, y en ella estaba cuando se levantaron varias partidas sediciosas é invadió la isla el traidor Narciso Lopez con una expedicion de filibusteros. Estos acontecimientos le sacaron de aquel destino, y con su escuadron entró en operaciones de campaña, recibiendo por sus especiales servicios que le diera las gracias el general Concha, como consta en su hoja de servicios en que así se mandó consignar, como tambien el haber merecido bien de la patria.

Terminados aquellos sucesos, fué elegido el teniente Macías habilitado, y despues de desempeñar un año este honroso cargo, pasó destacado en Cienfuegos otro año, en el que prestó tan importantes servicios en la persecucion de la trata y adquirió tanto nombre de incorruptible, que el brigadier D. Francisco Ruiz de Apodaca, sin más razones que estas, le pidió para ayudante al ser nombrado comandante general de Cinco Villas.

Destinado más tarde al regimiento de caballería de la Reina, al cesar el brigadier Apodaca en el cargo de comandante general, prestaba su servicio en la Habana cuando el mismo Apodaca le pidió de nuevo al general D. Juan de la Pezuela para que le acompañase como ayudante á Vuelta Abajo, para cuya comandancia general habia sido nombrado con objeto de evitar la introduccion de algunos cargamentos de negros. Interesado el general Pezuela en que no entraran dichos cargamentos y confiando para ello en el brigadier Apodaca, accedió á las indicaciones de éste, y el teniente Macías no solamente fué nombrado ayudante suyo, sino revestido de amplias facultades para obrar en toda la comandancia general como si fuera un jefe, encargándose á las autoridades de todas clases le prestaran cuantos auxilios pidiese. El teniente Macías correspondió dignamente á aquella confianza, capturando más de quinientos negros y resistiendo al soborno, hasta el punto de rechazar unos mil duros que le ofreció un rico propietario cuyas cenizas no debemos insultar.

El brigadier Apodaca y general Pezuela iban á premiar al jóven teniente por sus servicios, cuando la lle-

gada del general Concha á relevar á éste dejó burladas sus justas esperanzas. Sin embargo, su desgracia fué mitigada un tanto con el grado de capitán que obtuvo á consecuencia del glorioso alzamiento nacional de 1854, y con ser nombrado por eleccion ayudante del regimiento de la Reina á propuesta del entonces coronel D. José Riquelmi, que lo prefirió á otros más antiguos que él conociendo su disposicion.

Destinado á Villaclara, la vida del ayudante Macías entra en esta fecha á presentarse bajo otro aspecto.

La tranquilidad del servicio de guarnicion en ese punto le permitió dar suelta á sus inclinaciones naturales, y los dos periódicos que veian la luz en aquella poblacion empezaron á publicar con aplauso público sus artículos sobre asuntos locales y sobre materias económicas y políticas, al mismo tiempo que *La Revista Militar* insertaba en Madrid otros artículos sobre el ejército de Cuba, uno de los cuales, censurando al gobierno de la metrópoli por su poca equidad al conceder gracias al ejército de aquella isla, le costó algunos disgustos, librándose por la intervencion de sus amigos de ser destinado á un castillo.

La aceptacion que tenian sus folletines decidieron al militar escritor á publicar dos novelitas *La condesa de Frigiliana* y *La Historia de un crimen*, tras las cuales dió á luz otra en dos tomos titulada *Magdalena ó Un misterio de familia*.

La marcha de su regimiento á Puerto-Principe suspendió las tareas literarias del hoy diputado, y cuando en aquella ciudad se habia ya dado á conocer con varios artículos publicados en *El Fanal*, fué en Agosto de 1858 nombrado comandante de la escolta del Excmo. señor capitán general y de la seccion de salvaguardia de la Habana. Relevado el general Concha por el general Serrano, Macías siguió cerca de este como de aquel, mandando la escolta, y alentado por este último que le ofreció su apoyo moral creó un periódico militar, el primero que hubo en Cuba, en compañía de los capitanes D. Ubaldo Pasaron y don Genaro Mendez Nuñez, quienes á los quince dias de ver la luz pública, el primero por sus males y el otro por venir á España, le dejaron solo de director y redactor de *El Correo Militar*.

Si la prensa política no ha gozado en Cuba nunca libertad, figúrense la que podria gozar la prensa militar.

Macías, cuyas ideas liberales no eran las más á propósito para sufrir la mordaza, y cuya juventud no le hacia temer los escollos, naufragó bien pronto en su empresa. Un artículo censurando á los jefes que

mandaban cuerpos por algunas prácticas abusivas en el manejo de los intereses, y descubriendo muchas llagas que debían cicatrizarse, hizo que el general Gasset, cuyas ideas políticas nadie desconoce y que era segundo cabo de aquella capitania general y subinspector de infantería y caballería, denunciara á *El Correo Militar*, acusando al Sr. Macías por aquel artículo y pidiendo la supresion del periódico. El general Serrano, que no veía con desagrado aquella publicacion, y cuyos sentimientos liberales se oponían á dar gusto al general Gasset, mandó formar causa y suspender solo el periódico, nombrando fiscal para que se obrara con toda imparcial al coronel de ingenieros D. Antonio Montenegro. Macías, sin acobardarse, se supo descargar de cuanto se le imputaba y se defendió tan bien, que despues de oirse al auditor de guerra, pudo con satisfaccion el capitán general disponer se sobreyera en la causa y siguiese la publicacion del periódico. Mas, sin embargo de esta resolucion, el jefe de Estado mayor, entonces brigadier, hoy general, D. Antonio Pelaez, dilató más de dos meses la comunicacion de aquel mandato, y en esos dos meses salió otro periódico para hacer la guerra al de Macías. Con todo, al ver de nuevo la luz *El Correo Militar* su suscripcion se quintuplicó y se puso en moda; defendía la justicia.

Afanoso de realzar su periódico y pareciéndole estrecho el campo militar, Macías abordó en él algunas cuestiones económicas; y atravesando entonces la Habana una crisis metálica, formuló un proyecto de que se pusieran en circulacion un millon doscientos mil duros que tenían los regimientos en caja de sus fondos y de los de los soldados, á quienes proponía se les abonase el mismo interés que abonase el Banco Español de la Habana.

Como todo lo nuevo y atrevido encuentra siempre opositores, aquel proyecto que el mismo general Serrano mandó estudiar y que la prensa política acogió bien, fué censurado y alabado, y Macías, no contento con defenderlo en *El Correo Militar*, como este no era periódico político, acudió al *Diario de la Marina*, y bajo el velo del anónimo lo defendió en él, demostrando que era preciso se perdiera la isla para que el Banco quebrase.

Mientras atendía como director y redactor al periódico, Macías publicó dos novelas históricas, *Carlos V en Yuste* y *La traicion de Metz*.

La llegada del general Prim para la expedicion de Méjico hizo á Macías dejar la literatura, y mediante un convenio con el otro periódico militar, refundió en

él el suyo, y solicitó pasar á Méjico, lo que no consiguió. Macías se puso entonces de nuevo al frente de dicho periódico, y sin embargo de su posicion, defendió con habilidad el proceder de Prim.

Ascendido en 1861 con destino al regimiento de lanceros del Rey, fué nombrado para ayudar los trabajos del Estado mayor de la capitania general donde habia falta de jefes de aquel cuerpo, y al mismo tiempo que desempeñó los negociados, primero el de ingenieros y luego el de artillería, organizó é instruyó de orden del Excmo. señor capitán general el regimiento de voluntarios de caballería de la Habana, presentándolo al general Serrano el dia que por primera vez lo revistó, en un estado de instruccion superior á lo que podia esperarse de quinientos paisanos.

El mal estado en que se encontraba la jurisdiccion de las Tunas á causa de los bandos que le dividían, hicieron pensar al general Serrano en el capitán Macías para aquel mando, y en Agosto de 1862 le nombró comandante de armas y teniente gobernador de aquella jurisdiccion. Un mes despues de su toma de posesion las Tunas estaban tranquilas, los bandos no existían, y sin embargo de atravesar una crisis metálica, Macías, con solo donativos espontáneos, dotaba al pueblo de un cementerio decente. Terminado este como por encanto, soñó Macías en construir un hospital de caridad para treinta enfermos y dotarlo de rentas, y sin otra base que quinientos duros que le regaló un zapatero llamado Juan de Dios García á quien le tocó un fuerte premio á la lotería, y donativos voluntarios, no salió del pueblo sin ver realizada su obra, pues al ver la integridad con que se llevaban las notas publicándolas semanalmente en el periódico local, ricos y pobres se afanaban en dar para la obra humanitaria.

No contento con esto y con la construccion de un puente y recomposicion de caminos, Macías infundió á los habitantes de las Tunas el deseo de cultivar el algodon, entonces en alza con motivo de la guerra de los Estados-Unidos, y en pocos meses pudo dar cuanta al gobierno de haber sembrado una gran cantidad de algodon en estado de cultivo, lo que premió el gobierno superior civil dando ochenta negros emancipados á los cultivadores. El vapor funcionó entonces por primera vez en aquel apartado pueblo en la máquina de desmotar y empacar algodon, al mismo tiempo que en aserrar maderas de las riquísimas que existen en Cuba.

La guerra de Santo Domingo hizo á Macías renunciar aquel destino con pesar de los habitantes de las

Tunas, y admitida su renuncia, solicitó ir á la rebelde isla vecina. El general Dulce, en lugar de concedérselo, le envió á España en comision del servicio, y cuando llegó se encontró con un cambio de gobierno y con que reinaba la política de abandonar la isla de Santo Domingo.

Recibiendo la orden de esperar la del gobierno, Macías se fué á aguardarla á su pueblo natal, y debiendo en aquellos días hacerse unas elecciones para diputados á Córtes, algunos amigos suyos, que no lo eran del gobierno, pensaron en él para este cargo. Narvaez lo supo, y por telégrafo ordenó al jóven capitán saliera de Velez-Málaga en el término de veinticuatro horas y se embarcara en Cádiz para Cuba en el primer buque que saliera de aquel puerto.

Así, tuvo al mes Macías que dejar á su familia á quien no veía hacia catorce años.

De nuevo en la Habana recibió allí la satisfacción de saber que el ilustre ayuntamiento de las Tunas había puesto su nombre en una calle que él abrió en el pueblo durante su gobierno, noticia que le comunicó el capitán general por medio de la copia de un acuerdo del municipio.

Destinado á una comision para liquidar las cuentas de los negros que habían estado en Santo Domingo, despues de trabajar en ella algunos meses, quedó de reemplazo por disolverse la expresada comision, y cansado de aquella vida de ocio volvió á su tarea literaria, dando á luz con aceptacion una novela titulada *Azores de la vida*, y despues se puso al frente como director y redactor del periódico *La Revista militar*. Disgustado con los propietarios de este periódico al año, porque no le dejaban escribir con libertad, dejó de pertenecer á él y pidió permiso para establecer otro, lo que le negó el general Dulce, sin duda en un rato de mal humor, pues no hubo razon para ello.

Viendo burlados sus deseos, recurrió á otro capitán amigo suyo llamado D. José Ruiz Rubio, quien pidió á su vez permiso para crear un periódico, y obtenido, Macías apareció en el primer número-prospecto como director y redactor de él, publicando tan valiente programa, que despues prohibió la censura varias veces reproducir en otros periódicos algunas de sus partes. *La Milicia*, así se llamó aquel periódico, adquirió al mes vitalidad propia; mas no sin llamar la atencion se le vió pasar por cesion de Macías á otras manos á los cuatro meses de existencia, y cuando ya producía una cantidad decente.

¿Por qué fué esto? Fué porque el partido español de Cuba se asoció para defender sus intereses, y el

comité que se reunió para representarle nombró á Macías su secretario, y como tal no podía disponer de tiempo suficiente para el periódico.

Aquel comité, funcionando reservadamente, trabajó cuanto pudo en defensa de los intereses españoles, y Macías, no solo trabajó como secretario, sino tambien escribiendo en *La Iberia* y otros periódicos, tanto artículos como cartas, algunas de las cuales causaron honda sensacion en Cuba.

Querido y bien relacionado en la Habana con la mejor sociedad, Macías no aspiraba más que á ascender á comandante y cumplir sus veinte años de servicio en Ultramar, para adquirir el derecho á doble retiro, cuando una de esas medidas arbitrarias y despóticas del general Narvaez, una medida contra todo derecho y antipolítica, como se ha encargado de demostrar el tiempo, destruyó todas sus esperanzas y proyectos. Sin considerar que estaba el segundo para ascender á comandante por antigüedad, y que solo le faltaban poco más de dos años para tener el derecho á retiro, fué mandado Macías á España de real orden por la sola causa de contar en Cuba, prestando buenos servicios, cerca de 18 años, y haber allí sobrantes varios capitanes, á los que se había mandado sin necesidad, tan solo para ascenderlos.

Viéndose atropellado, postergado, se dijo al llegar á España:—Hasta ahora había sido hombre solo de opinion; hoy lo seré de partido.—Y se afilió en el democrático. De reemplazo en Velez-Málaga, viendo que la revolucion tardaba, solicitó varias veces el reemplazo para Madrid, buscando un ancho campo para sus miras; empero solo consiguió, despues de cuatro solicitudes y seis meses, obtenerle para Getafe.

Y en Agosto de 1868, impaciente por acudir donde primero se diera el grito de libertad, al mismo tiempo que aconsejado por sus amigos que le veían en Málaga separado, se trasladó en secreto con pretexto de ir á Getafe, á esta capital, donde se puso á las órdenes de Escalante, que era miembro de una de las juntas que trabajaban en Madrid, y en la que figuraban los hoy diputados Martos, Carrascon, Carretero y otros.

Sabiendo Macías por cartas de sus amigos de Málaga, que los generales de Canarias debían desembarcar en Andalucía, quiso volver á aquella ciudad, pero Escalante le detuvo á su lado, diciéndole que en Andalucía no había tanto peligro como en Madrid, y que en la córte hacía más falta.

Resuelto á quedarse en la capital, Macías siguió obedeciendo á Escalante, y reclutando oficiales y sar-

gentos, reuniendo á sus órdenes de treinta y cinco á cuarenta de los primeros, y otros tantos de los otros, todos los que diariamente recibían sus instrucciones en diferentes puntos.

Días antes de la batalla de Alcolea se encargó á Macías influyera á ver si le colocaban mandando un escuadron, por si se perdía en Andalucía contar con esa pequeña fuerza más. Macías, á quien si bien la policía conocía como conspirador, en lo militar se le creía en Getafe, logró ser colocado en el regimiento de Numancia, que estaba en Valladolid. Provisto de su pasaporte y nombramiento el mismo día que prendieron á Escalante, de orden de este y de la Junta se quedó en Madrid á esperar el resultado de Andalucía, para echarse á la calle si era bueno, y si malo, para caso de no echarse, irse á Valladolid con instrucciones para obrar en aquella localidad.

El 29 de Setiembre, al darse el grito de libertad, fué Macías uno de los que, siguiendo á Escalante, entró en el ministerio de la Gobernacion por los balcones, y luego pasó con el médico D. Manuel Pereda, á repartir armas al pueblo madrileño de los depósitos de que en diferentes puntos disponía la Junta democrática.

Instalada la Junta revolucionaria de Madrid, fué Macías agregado á la seccion de guerra de ella, y con Escalante, Pucheta y otros visitó á caballo aquella tarde todos los cuarteles, haciendo fraternizar al pueblo con la tropa. Por la noche evitó, con riesgo de su vida, una segunda voladura en el parque de artillería de San Gil, gracias á cuarenta hombres que le dió el jefe de voluntarios de la plaza de Santo Domingo, Sr. Reding, siguiendo trabajando en la Junta hasta que formada la comandancia general de voluntarios,

pasó á ella á la orden del brigadier Escalante. Ascendido por estos servicios á comandante, el general Prim le destinó á la direccion general de caballería en la que se encargó del negociado de justicia.

La democracia de Velez-Málaga, al tratarse de la eleccion de diputados, brindó á Macías con que la representase en las Constituyentes, y aceptado por él tal honor, el distrito judicial en masa acogió con júbilo su candidatura. Macías, cuya familia es la principal de Velez-Málaga, era y es allí popular; entre los demócratas, por sus ideas, por haber conspirado con ellos y por su valor para conspirar cuando dominaba Narvaez; entre los progresistas por su amor á la libertad, y en el resto del partido porque todo él sabe que no habiendo heredado Macías bienes de fortuna sino deberes, apenas llegó á América aseguró á su madre y hermanas lo necesario para que viviesen sin necesidad de la pension que su abuelo les daba, aumentando poco á poco la asignacion, hasta el punto de haber sostenido con bienestar á su familia, y podido sufragar los gastos de seis de sus hermanas que se casaron con lo principal de Velez-Málaga.

Y este proceder, que en todas partes se estima, se aprecia más en los pueblos, y por eso Macías solo ha perdido un voto de cuantos electores tomaron parte en Velez en la eleccion.

Sin apoyo del gobierno de ninguna clase, y luchando con el partido republicano de Málaga y Velez-Málaga, en union del consecuente progresista D. Casimiro Herraiz, ambos lograron salir diputados por esa circunscripcion.

En las Córtes, Macías, como era natural, y como consecuente demócrata monárquico, ha votado hasta ahora con los más avanzados de esta fraccion.

D. PABLO ALSINA.

Pocas biografías escribiremos con más placer que esta. Y sin embargo, no vamos á ocuparnos de un hombre notable por su historia, ni ilustre por su cuna. No viste la púrpura cardenalicia, ni el brillante uniforme del ejército, ni el aristocrático frac; viste la humilde chaqueta del obrero, y sin embargo, alterna con los cardenales, se sienta junto á los generales y es igual á los nobles.

Es Pablo Alsina, el hijo del pueblo; el representante del pueblo.

Modesto, sencillo y laborioso, es la imágen fiel de ese noble pueblo trabajador, libre y honrado que ha dado una prueba de su buen juicio, nombrando á un hijo del pueblo, á un obrero, para que le represente dignamente en las Córtes Constituyentes, de donde ha de salir la dicha y la ventura de nuestra España.

La historia de Pablo Alsina es sencilla y pura como su alma. Los datos que nos ha proporcionado son escasos porque su modestia es grande.

Pablo Alsina nació en Barcelona el 16 de Diciembre de 1830. Su padre, Jaime, era de oficio tejedor, y su madre, Josefa Rius, obrera también, se dedicaba á hacer *vittlas*; era lo que en el tecnicismo de la fábrica se llama *oficiala canonesa*.

Educado Alsina por sus honrados padres bajo la santa ley del trabajo, fué obrero también; se dedicó al

mismo oficio de tejedor, y pronto, á fuerza de constancia y de trabajo, el jóven Pablo pudo ayudar á sus padres á ganar el pan para el sustento de su familia con el sudor de su frente, cumpliendo fielmente con el precepto divino.

En un rudo apredizaje pasó su adolescencia sin conocer apenas los placeres propios de su edad y pensando solo en el trabajo y en sus cariñosos padres. Sin embargo, ávido de instruccion, aprovechaba las pocas horas que le quedaban libres para asistir á la tertulia del consecuente republicano Federico Borrás: á esta reunion familiar concurrían también constantemente algunos de los hombres que la democracia catalana tiene hoy por sus más preciados adalides; allí se reunían para ocuparse de la cosa pública los ciudadanos José Calaf, Francisco Suñer y Capdevila, Narciso Monturiol, Pedro Quintana, Vicente Raixach, y el ya difunto patriota Felipe Plá: en este centro, donde diariamente se discutía y hablaba de los grandes problemas sociales, económicos y políticos, empezó á formarse el criterio del hoy diputado por la circunscripcion de Barcelona.

De la reunion de Borrás salió formado políticamente cuando llegó á la edad madura, el que más tarde tenía que ser el representante de la clase obrera de Barcelona.

Esto era lógico y natural; un alma pura y virgen como la de Alsina, debía recibir con entusiasmo doctrinas tan seductoras en teoría, y que contrastaban con todo lo que en su patria veía entonces. Un trono deshonorado, el fanático despotismo que agobiaba á la libre España; abusos en el poder, ágios, escándalos y dilapidaciones, y el pueblo mientras tanto esclavo y encadenado; esto observaba Alsina, y en las reuniones de Borrás veía los remedios á tantos males, veía la luz en medio de las densas tinieblas que rodeaban á su patria, y Alsina se hizo republicano y juró serlo mientras viviera y dedicar su vida al triunfo de la causa del pueblo, á la libertad del pueblo.

Segun hemos dicho, Pablo Alsina cultivó las relaciones políticas de Suñer, á quien conoció en casa de Borrás, y más tarde las de Tutau, á quien conoció por conducto de Monturiol. Estos dos consecuentes republicanos tuvieron que emigrar en 1867 á consecuencia de las persecuciones del Sr. Bonafós, gobernador de fatal recuerdo para ellos.

Las persecuciones se extendieron á todos cuantos eran sospechosos á aquel gobierno, y lo que es lógico, las conspiraciones empezaron á combinarse para sacudir de una vez tan ominoso yugo.

Entonces se organizó en Cataluña, con la base de la clase obrera, cuyos sentimientos en favor de la libertad eran bien conocidos, un núcleo que en el día del peligro pudiese ser de resistencia á los hombres que, poseyendo la confianza del jefe del Estado, regían, por desgracia, los destinos de nuestra nacion. Inútil creemos decir que la verdadera direccion de los trabajos revolucionarios residió siempre en la emigracion: en Cataluña, y en Barcelona en particular, no hubo más que individuos que, si bien estuvieron prontos á secundar cuanto de sus fuerzas se exigiera, no es menos cierto que rehusaron absolutamente toda direccion en la gestion revolucionaria por no comprometer el éxito de la empresa, que era lo que á todos verdaderamente interesaba.

Mientras tanto, los trabajos revolucionarios avanzaban: era público el tratado de alianza entre todos los partidos políticos cuyos hombres principales se hallaban devorando las penas del destierro: Gonzalez Brabo precipitó esta coalicion prendiendo y deportando á los hombres más importantes del militarismo, enviando unos á Canarias, otros á las Baleares, todos lejos del centro de España. Heridos los hombres del partido militar, ó sea de la llamada union liberal, llamaron en auxilio del enemigo comun á todos los partidos liberales, y la emigracion, al enlazar sus tra-

bajos, pudo ya tener, sino seguridad, grandes probabilidades de triunfo.

Los demócratas, los progresistas y los unionistas constituyeron, para combatir la dinastía borbónica, un poderoso núcleo robustecido con la íntima union de todos los enemigos de la tiranía y el despotismo.

Los trabajos siguieron ordenadamente su curso; preparábase la mina y solo faltaba señalar el momento en que debía ser incendiada.

En Barcelona se organizó el levantamiento de un modo notable. Allí habia un hombre para cada uno de los cuatro distritos en que se la consideró dividida: uno de estos distritos, el cuarto, fué confiado por el infatigable agitador, ciudadano Juan Tutau, al modesto obrero Pablo Alsina.

La mision confiada á este era por demás sencilla, pero en su sencillez se necesitaba para llenar el cometido con entera satisfaccion, un valor cívico incalculable, y un valor personal á toda prueba.

Los mandatarios de la revolucion habian prevenido á cada uno de los cuatro afiliados, que en día determinado y á una seña dada, se situasen en el sitio fijado de antemano, hicieran que su gente, con la bandera á la cabeza, se dirigiese en grupos aislados hácia la plaza de San Jaime, á fin de que reunidos allí 120 ó 140 hombres, se posesionasen, aunque fuese por la fuerza, de la casa de la ciudad.

Alsina llenó su cometido, no apartándose de la consigna recibida ni un ápice: al ver la señal convenida fué á su casa, cogió la bandera que guardó bajo su chaqueta, se dirigió al Padró que era el distrito y sitio confiado á su celo, de allí se dirigió á la calle de San Gerónimo, despues de reunirse con uno de sus compañeros llamado Romeu, y juntos se dirigieron en busca de las pocas armas y municiones disponibles á la calle de San Gerónimo; una vez allí sacó de la casa, donde la habia depositado con antelacion, el asta que debía servirle para enarbolar la bandera, salió á la calle con ella, escitó junto con Romeu á algunos de sus amigos á que le siguieran en pro y bien de la patria, fué con ellos, y el jefe que los capitaneaba, cuyo nombre sentimos ignorar, en direccion de la plaza de San Jaime, y á fin de cumplir fielmente la palabra empeñada, el grupo del distrito del Padró, con Alsina y sus dos compañeros á la cabeza, se dirigió y llegó á la plaza de la Constitucion ó de San Jaime (que de ambos modos se la apellidaba), donde hizo alto.

Mas aquel mismo dia, pasado entre agitaciones, se supo en Barcelona que al mágico grito de «España con honra,» la patria de Pelayo estaba en armas y com-